

LA TOMA DE LA PALABRA Y LAS ESCENAS DE LA POLÍTICA¹

‘SPEAKING OUT’ AND THE SCENES OF POLITICS

Orazio Irrera

Université Paris 8

orazio.irrera02@univ-paris8.fr

Fecha de recepción: 05-11-2019

Fecha de aceptación: 25-12-2019

doi: <http://dx.doi.org/10.30827/TNJ.v3i1.11429>

Resumen: En esta contribución, trataremos de cuestionar la dimensión política de la glotopolítica a través de la noción de “toma de la palabra”, es decir, la del coraje de enunciar. Esta “toma de la palabra” se convierte en el objeto de una toma de posición en una coyuntura política, en la que se presupone y se cuestiona, al mismo tiempo, una relación de fuerza y, por tanto, unas relaciones de poder a través de los actos de lenguaje, sin que ello implique que la lengua o el lenguaje puedan, por sí mismos, transformar estas relaciones de fuerza. Desde este punto de vista, analizaremos la perspectiva de Jacques Rancière para mostrar que la toma de la palabra no puede de ninguna manera dissociarse de los procesos de subjetivación política dentro de los cuales se inscribe, o, mejor dicho, de los procesos de subjetivación a los que ha de dar lugar en principio esta misma toma de la palabra. Esta toma de la palabra constituye un acontecimiento que, por el mismo gesto, excede y satura el conjunto preexistente de las determinaciones sociales y políticas, y produce de este modo una interrupción del poder al generar una cesura en la que las relaciones entre los indivi-

¹ El presente artículo está basado en una intervención realizada en las “II Jornadas de Glotopolítica de la Cultura” que tuvieron lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada el 23 de abril de 2019. Quisiera dar las gracias a Azucena González Blanco por haberme invitado a participar en estas jornadas de estudio y haberme animado a situar mis reflexiones acerca de la toma de la palabra dentro del dominio de la glotopolítica.

duos o los grupos ya no son las mismas que antes: se trata precisamente de aquello que hay que entender, siguiendo a Rancière, bajo la denominación de “escenas de la política”.

Palabras clave: Toma de la palabra; glotopolítica; subjetivación política; Jacques Rancière; performatividad; enunciación.

Abstract: In this paper we deal with the political dimension of glottopolitics through the notion of “speaking out” (“*prise de parole*”), i.e. a courageous statement that is taken in a political context, in which power relations are presupposed and questioned through acts of language. However, this does not mean that either language (langage) or languages (langues) can transform by themselves these power relations. From this point of view, we will approach Jacques Rancière’s perspective to show that speaking out cannot in any way be dissociated from the processes of political subjectivation of which it is part, or, more precisely, from the processes of subjectivation to which this speaking out is itself supposed to give rise. This constitutes an event which, by the same act, exceeds and saturates the pre-existing set of social and political determinations, and thus produces an interruption of power by opening a gap where the relationships between individuals or groups are no longer the same as before: this is precisely what, following Rancière, we must understand by “scenes of politics”.

Keywords: “Speaking out” (“*prise de parole*”); glottopolitics; political subjectivation; Jacques Rancière; performativity; statement (énonciation).

En su célebre artículo de 1986 sobre la glotopolítica, Guespin y Marcellesi afirman que tanto la lengua como los propios actos de lenguaje son en realidad “incierto” allá “donde la acción de la sociedad toma la forma de lo político” (5)². El presente trabajo parte precisamente de esta idea de incertidumbre que afecta a la lengua y a su dimensión políticamente performativa, pero no para inscribirla en aquello que -desde perspectivas diferentes que van de Carl Schmitt a Julien Freund, o de Claude Lefort a Cornelius Castoriadis o Marcel Gauchet- ha venido a denominarse, tal y como hacen Guespin y Marcellesi para subrayar

2 En sus esfuerzos por problematizar el lenguaje como un agente de la socialización, Guespin y Marcellesi critican la posición especulativa de J. Pool, quien, al preguntarse por la relación entre lenguaje e identidad, dejaba a esta última en la incertidumbre: “¿se trata de un sentimiento de comunidad? ¿Del nacimiento o del mantenimiento de una ideología colectiva? ¿De la dinámica de constitución del individuo social?” (10). De ahí el marco de los objetivos de la propia glotopolítica: “creemos que la acción del lenguaje sobre la sociedad ha de tenerse suficientemente en cuenta en todo estudio con finalidad glotopolítica. Para ello, queda aún un trabajo considerable por hacer acerca de las instancias intermedias entre lengua y habla, entre sociedad e individuo [...]” (12).

su capacidad para instituir y crear, “lo” político. Las líneas que siguen tratarán más bien de reflexionar acerca de la relación, en apariencia contradictoria, entre incertidumbre y fuerza política de lengua en un vocabulario teórico-político que gira en torno de una cierta noción de “la” política, entendida como un conjunto cambiante y conflictivo de relaciones de fuerza que atraviesan nuestros campos de saber, las normas previstas para gobernar nuestros comportamientos y la manera en la que nos concebimos como subjetividades políticas, es decir, subjetividades que pueden o bien conformarse al orden político existente o bien criticarlo, contestarlo y alejarse de aquello que se espera y se exige por parte de sus saberes, sus normas de comportamiento o sus matrices de asignación identitaria. Dentro de este marco, que se antoja en principio muy amplio, trataremos de abordar algunas cuestiones suscitadas por la perspectiva glotopolítica para delimitar un núcleo de problematización más limitado con el objetivo de preguntarnos si es posible hacer girar la glotopolítica en torno a un acto político de lenguaje que, quizás al menos en su formulación inicial, es al mismo tiempo demasiado general o abstracto, incluso si probablemente sigue siendo irreductible desde un punto de vista político, es decir, la “toma de la palabra” como interrupción de un poder político que se ha hecho inaceptable, en el sentido que Michel de Certeau le atribuye en relación a los eventos de mayo del 68.

Partiendo de este supuesto, trataré de prolongar algunas reflexiones acerca de la toma de la palabra que propuse junto con Daniele Lorenzini en el número especial de la revista francesa *Raisons politiques* publicado en noviembre de 2017 dedicado precisamente a este tema. Como explicábamos allí, preguntarse acerca de la toma de la palabra equivale a

concentrarse en una dimensión que, al menos en principio, concierne a todo individuo o grupo que se compromete -exponiéndose valientemente- a rebelarse contra lo intolerable, a reivindicar sus demandas, a cuestionar las normas que rigen su propia sociedad o su conducta, a arrancar del pasado aquello que puede poseer una importancia política para el presente. Pero tomar la palabra también quiere decir entender las transformaciones a las que es necesario someterse para modificar una actitud, una conducta, un modo de existencia y así hacer frente al coste de la enunciación y a los riesgos que comporta cualquier contestación o crítica del poder (Irrera y Lorenzini, “Prises de parole” 5).

El ángulo a partir del cual trataremos de cuestionar la dimensión política de la glotopolítica es precisamente el del “coste de enunciación”, del *riesgo* que esta enunciación valiente implica y de la manera en la que la misma se convierte en el objeto de una toma de palabra, de un momento político en el que se presupone al tiempo que se cuestiona una relación de fuerza y, por tanto, relaciones de poder a través de los actos de lenguaje, sin que ello signifique naturalmente que ni la lengua ni el lenguaje puedan por ellos mismos transformar las relaciones de fuerza política en cualquier tipo de contexto.

Por ello, este tipo de actos de lenguaje no puede de ninguna manera disociarse de los procesos de subjetivación política en los que se inscribe la toma de la palabra, o mejor dicho, de los procesos de subjetivación a los que ha de dar lugar en principio esta misma toma de la palabra. Esta toma de la palabra constituye un acontecimiento que, por el mismo gesto, excede y satura el conjunto preexistente de las determinaciones sociales y políticas, y produce de este modo una interrupción del poder al generar una cesura en la que las relaciones entre los individuos o los grupos ya no son las mismas que antes: se trata precisamente de aquello que hay que entender bajo la denominación de “escenas de la política”.

Si en el número de la revista *Raisons politiques* sobre las tomas de la palabra desarrollé esta cuestión en un artículo escrito junto a Daniele Lorenzini (“Briser le silence”) en relación al tema de la *parresía* en Foucault y de la infrapolítica según el antropólogo estadounidense James C. Scott, el presente artículo se centra en la noción de “escena de la política” que encontramos en Rancière para poner de relieve ciertas cuestiones teóricas y políticas para dar posteriormente cuenta de la complejidad de la articulación entre la toma de la palabra y sus procesos de subjetivación política.

El punto de partida de este recorrido es la definición que ofrece Rancière de la revuelta en el prefacio a la antología de textos de la revista *Les Révoltes logiques* que llevaba el título de *Les scènes du peuple* [*Las escenas del pueblo*]. La revuelta no es “ni la irrupción de un salvajismo popular irreductible para las disciplinas del poder ni la expresión de una necesidad y de una legitimidad históricas”, sino más bien “una escena de palabra y de razones” (10). En *El desacuerdo*, Rancière ya precisaba en qué sentido había que entender esta escena, es decir, como una toma de la palabra que consiste en la significación, en la puesta en lenguaje o en discurso de una injusticia fundamental, principal, primordial: la de no contar como un ser parlante o estar “sin parte” en un espacio político dado, o también, en términos más rancièrianos, en el interior de aquello que, siendo a la vez comunidad y separación, constituye una cierta partición de lo sensible, el orden que atribuye a cada individuo su papel, su función, su lugar. Es precisamente a partir de este ángulo como Rancière se centra en lo que llama:

el punto decisivo que es oscuramente designado por la definición aristotélica o la polémica platónica, pero, en cambio, ocultado claramente por todas las concepciones intercambistas, contractuales o comunicacionales de la comunidad política. *La política es en primer lugar el conflicto acerca de la existencia de un escenario común*, la existencia y la calidad de quienes están presentes en él (41).

Es, por tanto, en este conflicto donde se lleva a la práctica una escena de palabra que tiene a la vez por objetivo manifestar la injusticia y denunciarla en forma de litigio. Por ello, en la separación abierta “entre el privilegio del *logos* y el juego del litigio que instituye la

escena política” (40). Dentro de este marco, la toma de palabra y, en general, la política de la lengua que le subyace son operadores de puesta en común de la injusticia que poseen precisamente la función de poner en escena una partición desigual de lo sensible “que no es otra cosa que el enfrentamiento mismo, la contradicción de dos mundos alojados en uno solo” (42). Sin embargo, esta toma de palabra, al denunciar una injusticia como objeto de un litigio, presupone previamente como su condición de posibilidad aquello que Rancière denomina “reparto equitativo” que arruina siempre lo anterior, es decir, que arruina la partición desigual. Es, por tanto, la igualdad la que proporciona el presupuesto lógico, puesto que allá donde existe un conflicto -que las palabras, la toma de la palabra, ponen en escena- resulta necesario presuponer que, sea cual sea la forma originaria de un conflicto, existe a priori una escena común, incluso si esta no se realiza ni se completa de manera concreta, lo cual lleva a Rancière a precisar que, sin embargo, “sólo el despliegue de una escena de manifestación *específica* da una efectividad a esta *igualdad*” (40; las cursivas son mías).

Antes de avanzar resultaría preciso añadir algunas consideraciones acerca de estos puntos que, por otra parte, son bastante conocidos. En primer lugar, vemos que en esta relación entre igualdad y conflicto, si la igualdad puede desempeñar el papel de una condición *a priori* de la experiencia social y política es únicamente a condición de un conflicto manifestado por una toma de palabra que pone en escena la distancia entre *la igualdad como principio* (principio de la existencia de una escena común), por una parte, y su *efectividad política y social*, por otra parte. En otras palabras, la igualdad como presupuesto lógico o ideal, o incluso trascendental, no puede iterarse y manifestarse bajo formas históricas y políticas concretas sin que quede sometida permanentemente a la verificación igualmente esencial, pero que siempre ha tenido lugar en una contingencia histórica, de un conflicto que los “sin parte” ponen en escena a través del medio fundamental de sus tomas de palabra.

En segundo lugar, lo anteriormente mencionado lleva a la consecuencia de que *no hay política sin este conflicto* entre los sin parte y la “partición de lo sensible” establecida por los que cuentan y que Rancière denomina como “policía”. En otras palabras, por una parte, la escena común de toda política no se define principalmente por un acuerdo, una negociación siempre posible (como en Jürgen Habermas o en Axel Honneth, por ejemplo), sino por un conflicto, una división, un antagonismo que han de repetirse necesariamente, aunque solo en la contingencia de ciertos momentos imposibles de prever, bajo la forma de la suspensión o la interrupción de la reproducción de todo orden establecido por la policía. Por otra parte, este conflicto solo adquiere una cierta potencia política bajo la presuposición equitativa de la existencia de una escena común.

En tercer lugar, tampoco hay conflicto capaz de verificar y de realizar el principio de igualdad en la política sin una toma de palabra, sin la capacidad de tomar la palabra y utilizarla para hacerse valer al constituir una escena común, aunque en forma de la división del litigio motivado por una injusticia fundamental. Se trata pues de la “escena de palabra y de razones” que acabo de mencionar. Pero hay que tener en cuenta que no se trata de formular “teorías” acerca de una capacidad “abstracta” o “general” de tomar la palabra, sino de comprender y analizar las tomas de palabra efectivas de la política bajo el prisma de las escenas cambiantes donde la palabra se toma para proporcionar definiciones conflictivas de una escena común pero en principio desigual. La toma de palabra no existe en la tranquila universalidad de la teoría, sino en la multiplicidad inquieta y conflictiva de las situaciones desiguales.

Podemos ver cómo se perfila un espacio de problematización muy denso en torno a tres condiciones: la distancia entre la igualdad como principio (lógico o transcendental) y su efectividad histórica, política y social; el hecho de que no haya verificación política de la igualdad sin conflicto; y por último la constatación ulterior de que tampoco hay conflicto sin que ese conflicto se ponga en escena a través de una toma de palabra. Para esquematizar y sintetizar aún más, podríamos decir que no existe la igualdad como principio si no es a través de una verificación política concreta; no hay verificación política sin conflicto; no hay conflicto sin toma de palabra; y no hay capacidad de toma de palabra si no es en una escena específica y sometida a perpetuidad a la redefinición a través de aquellos valientes actos verbales que tratan de crear el conflicto y llevarlo hasta el final.

Estas tres condiciones de la política que reúnen igualdad, conflicto y toma de la palabra poseen consecuencias importantes incluso para la manera de concebir el sujeto político o, en palabras de Rancière, los modos de subjetivación política. Estos están ligados a una capacidad de enunciación que tiene por objetivo ofrecer una nueva representación de lo sensible, tal y como se afirma en *El desacuerdo*:

La política es asunto de sujetos, o más bien de modos de subjetivación. Por *subjetivación* se entenderá la producción mediante una serie de actos de una instancia y una capacidad de enunciación que no eran identificables en un campo de experiencia dado, cuya identificación, por lo tanto, corre pareja con la nueva *representación del campo de la experiencia*. [...] [E]l sujeto que aquella hace existir no tiene ni más ni menos consistencia que ese conjunto de operaciones y ese campo de experiencia. La subjetivación política produce una multiplicidad que no estaba dada en la constitución policial de la comunidad, una multiplicidad cuya cuenta se postula como contradictoria con la lógica policial. Pueblo es la primera de esas multiplicidades que desunen a la comunidad con respecto a sí misma, la inscripción primera de un sujeto y una esfera de apariencia de sujeto sobre cuyo fondo otros modos de subjetivación proponen la inscripción de otros “existentes”, otros sujetos del litigio político (52; las cursivas son mías).

Dos puntos son especialmente importantes en este fragmento. Por una parte, el hecho de que el sujeto producido por este modo de subjetivación política no presupone ninguna identidad previamente establecida, sino que únicamente existe por medio de una desidentificación. Rancière utiliza el término “producción” para indicar la transformación de las identidades preexistentes ligadas a una cierta partición desigual de lo sensible, con respecto a la cual la subjetivación afecta principalmente a un conjunto de operaciones de tipo disyuntivo. La “capacidad de enunciación” de la que se habla aquí en la toma de la palabra trata pues de dos aspectos íntimamente relacionados entre sí: por una parte, la nueva representación del campo de la experiencia política que arranca a todo sujeto preexistente de “la naturalidad de un lugar” (53) que le había sido previamente asignado de manera normativa, y, por otra parte, la creación o la invención de nuevas formas políticas de existencia comunitaria que van más allá de cualquier “campo de la experiencia dada” (52). Sin embargo, ¿cómo podemos articular estos dos aspectos, es decir, aquel que podríamos llamar “disyuntivo” y el que podemos denominar como “creativo”?

La toma de la palabra desempeña un papel considerable en este espacio de articulación. Para comprender su alcance resulta necesario acercarse a la manera en la que Rancière analiza la escena de la subjetivación política de la plebe romana en el Aventino, descrita por primera vez por Tito Livio y reinterpretada en el siglo XIX por Pierre-Simone Ballanche. En esta escena, en la que se desarrolla el conflicto entre los plebeyos y los patricios romanos, encontramos precisamente esta cuestión de la toma de la palabra en el momento en el que, como explica Rancière:

[Los plebeyos] ejecutaron una serie de actos verbales que vinculan la vida de sus cuerpos a palabras y a usos de las palabras [...] que inscriben en palabras un destino colectivo. [...] Ejecutan así una serie de actos verbales que imitan los de los patricios: pronuncian imprecaciones y apoteosis; delegan en uno de ellos la consulta a *sus* oráculos; se dan representantes tras rebautizarlos. En síntesis, se conducen como seres con nombre (39).

En este fragmento podemos ver en qué consiste la capacidad de enunciación ligada a una toma de palabra que se produce en un conflicto: “tomar la palabra” inscribe un acto verbal en un campo político y al mismo tiempo abre un espacio glotopolítico en el que la lengua únicamente se otorga a través de actuaciones simbólicas arraigadas en el cuerpo para volver a poner en cuestión su asignación y su distribución en el orden policial y desigual de una comunidad dada. Por ello, la toma de palabra no se limita a poner en escena un litigio, sino que también materializa, a través de los actos verbales, una nueva partición de lo sensible en la que se trata de instaurar una nueva representación y distribución equitativas. De este modo, en este espacio glotopolítico propio de los plebeyos, el hecho de “tomar” la palabra significa esencialmente atribuirse toda la variedad de los actos verbales

a los que acceden los plebeyos, al vincular su existencia y sus cuerpos a palabras mediante las cuales se otorgan los medios de “designar” sus vidas.

Sin embargo, si el hecho de atribuirse este poder de la palabra da una idea de la “toma”, es decir, que la palabra en cuestión es objeto de una toma en el sentido de una autoatribución emancipadora que trata de crear y poner en escena nuevas disposiciones de los cuerpos y una nueva partición de lo sensible, nos queda por entender qué es esta “palabra” que los plebeyos toman o se atribuyen. En el pasaje que acabo de citar podemos reconocer que esta palabra, este uso político (o glotopolítico) de la palabra, consiste principalmente en dos tipos de actos: por una parte, como hemos señalado anteriormente, existen actos de designación de su existencia y formas simbólicas y culturales a través de las cuales esta existencia se manifiesta en las acciones y arraiga en el espesor vivo de sus cuerpos. Por otra parte, se da el hecho de que esta palabra consiste en un cierto “mimetismo” con respecto a los actos verbales cotidianos de los patricios. ¿Por qué allí donde podríamos esperar la invención y la creación de algo nuevo, Rancière trata de subrayar al contrario el valor, que podríamos llamar “glotopolítico”, del mimetismo?

Para tratar de responder a esta pregunta hay que tomarse en serio el hecho de que para Rancière la emancipación se pone como objetivo, entre otras cosas, sobrepasar la idea misma de subalternidad tal y como fue formulada por Gramsci y según la cual “las clases subalternas sufren siempre la iniciativa de la clase dominante, aun cuando se rebelan” (27). Sin embargo, la dimensión glotopolítica del mimetismo trata por una parte de escapar a la idea de que la toma de la palabra constituye una interrupción vertical que va más allá de todas las determinaciones históricas y materiales que pueden producirla, cayendo, por así decirlo, del cielo, y, por otra parte intenta rechazar al mismo tiempo la idea de que todo mimetismo esté estructural e ineludiblemente oculto como trampa en la reproducción del orden hegemónico o “policial”, en la terminología de Rancière.

De este modo, podría formularse la hipótesis de que el valor glotopolítico de este mimetismo en Rancière abre un camino intermedio, que recuerda inevitablemente a aquello que -dicho sea de paso- Homi Bhabha escribió sobre este tema en otro contexto (“El mimetismo y el hombre: la ambivalencia del discurso colonial”). Sea como fuere, la toma de la palabra asume aquí la forma del mimetismo puesto que, según el Rancière de la emancipación intelectual de Jacotot en *El maestro ignorante*, no son sino palabras “prestadas” las que dan acceso a todo sujeto parlante a su capacidad de hablar, desde el momento en que únicamente usando las palabras de otro (las clases dominantes, los patricios) estos préstamos se sitúan de manera conflictiva en una escena común (impuesta por los dominantes) tanto las palabras prestadas como su poder de designación de las vidas, unilateralmente acaparado en una situación de reparto desigual. Una escena común, esta, que constituye

sin duda alguna una escena glotopolítica que permite, entre otras cosas, pensar la creación y la consecución de lo común y de la igualdad a partir de palabras robadas a los demás para decir “la vida propia”, en términos de Rancière. Es en esta escena donde, diciendo la vida propia con las palabras apropiadas de los demás, se utiliza la capacidad de hablar que hasta ese momento había pertenecido únicamente a los dominantes en la medida en que el uso de estas palabras apropiadas se relanza estratégicamente para que cuenten incluso los dominados o los sin parte, es decir, en última instancia, bajo el presupuesto de que en esta nueva escena glotopolíticamente igualitaria, estas palabras valen para decir y hacer contar del mismo modo (es decir, igualmente) las vidas de los unos y las de los otros.

Una vez explicado este punto, sería preciso detenerse a continuación sobre algo que podría denominarse como *las condiciones glotopolíticas de posibilidad* de esta toma de palabra, en la medida en que la ruptura que pone en escena en esta nueva representación equitativa y conflictiva del campo de experiencia no puede comenzar en el momento de la misma toma de palabra, por decirlo así, *ex nihilo*. Al contrario, esta escena común e igualitaria de la propia toma de palabra debe prepararse más bien en o por *otra escena*, a través de un afuera de la escena, o simplemente “entre bambalinas”. Esta toma de la palabra, en lugar de ser un evento auroral, se prepararía entonces durante la noche en la que se vive la experiencia de la dominación o de la desigualdad de la que se aprende de este modo precisamente a poner en común esta escena desigual, aparentemente silenciosa pero igualmente decisiva para producir la toma de la palabra así como el uso glotopolíticamente emancipador de las palabras.

Se trata, pues, de otra escena, una escena algo nocturna en la que se aprende del “otro” el poder “propio”, aquello que se puede poner en acción y donde, si se prefiere, la partición de lo sensible y del orden policial se convierte en una partición de un sentimiento de lo intolerable que *únicamente en un segundo momento* (el que se desarrolla en la escena del conflicto) encuentra entonces su punto de irreversibilidad en la toma de palabra y en sus efectos glotopolíticos de subjetivación. En esta segunda escena -por ello, este trabajo lleva en su título las “escenas” de la política en plural- el sentimiento de ser dominado o de no tener parte abre un *foco glotopolítico de traducción* dentro del cual los sin parte descubren que son capaces de poner sus vidas en palabras: es esta capacidad glotopolítica de designar sus vidas lo que transforma el sentimiento de dominación en sentimiento de igualdad radical.

Es en la condición de ser parlante y en la capacidad común de utilizar palabras para significar (incluso las palabras usadas en un primer momento únicamente por los dominantes) donde existe una injusticia para con las personas que deberían contar y que quieren contar. Y es precisamente a través de ese uso conflictivo de las palabras como los sin

parte descubren que son iguales en el sentido pleno del término. Pese a ello, son estas condiciones glotopolíticas de posibilidad las que permiten circular y expandirse a la manera de utilizar estas palabras precisamente bajo el supuesto de que existe efectivamente una igualdad radical, y que las palabras están ahí para que todas y todos puedan utilizarlas tanto para designarse sus vidas y las vidas de los que cuentan como para formular los términos conflictivos de un litigio que denuncia una situación desigual. De este modo, es en esta escena algo nocturna (en Rancière podemos por ejemplo volver a trazar sus contornos en una obra como *La noche de los proletarios*) donde los dominados acaban por anunciarse los unos a los otros que todos poseen esta capacidad glotopolítica de tomar la palabra, independientemente de en qué medida la misma se cumpla o se actualice parcialmente. Es la circulación, a menudo subterránea, de este presupuesto igualitario vehiculado por este uso glotopolítico de las palabras lo que refuerza el sentimiento y la confianza en la capacidad de tomar la palabra y, así, esta segunda escena nocturna prepara el conflicto abierto que se despliega en un segundo momento, más abiertamente polémico, de subjetivación política y sobre el que me he detenido anteriormente. En otros términos, es en la escena nocturna donde el sentimiento de una igualdad radical se anuncia y se expande glotopolíticamente antes de transformarse en conflicto abierto.

Sin embargo, podemos ver que en esta escena nocturna, que no se debe oponer de ninguna manera a la primera sino más bien al contrario, es decir, articularla con ella, este foco glotopolítico se convierte esencialmente en un *foco de traducción* dentro del cual las palabras se sobredeterminan debido a la heterogeneidad azarosa de los modos de acceso a la condición de ser parlante propia de cada individuo dentro de su singularidad y en la contingencia del acceso de cada uno a la palabra igualitaria. Esta sobredeterminación es una vez más glotopolítica porque debemos presuponer que el uso de las palabras en situación política queda abierto, indeterminado, “incierto” (volviendo al término que abría el presente trabajo), y que deja fluctuar estas palabras de manera que puedan articular experiencias y modalidades de hacer referencia al tiempo que son, al menos al comienzo, irreductiblemente heterogéneas; lo que significa que una palabra o los esquemas narrativos utilizados incluso de manera anacrónica para significar la igualdad se sitúan o se apoyan en modos dispersos de temporalización que se superponen a menudo de manera aparentemente contradictoria o incoherente, ingenua, no armoniosa e incluso cacofónica. Así, desde un punto de vista glotopolítico, es por medio de esta incertidumbre y de estos movimientos azarosos de las palabras y del habla como opera la emancipación.

Vista desde este ángulo, la indeterminación glotopolítica de las palabras se convierte en un intercambiador y en un amplificador del sentimiento de igualdad radical, y es precisamente de este modo como Rancière centra su atención particularmente en aquello que

sucede cuando una cuestión “privada” (una opresión cualquiera que supone una injusticia para alguien) consigue convertirse en “pública” bajo las modalidades de lo común. El foco glotopolítico de traducción del que hablaba muestra que los poderes de las palabras despliegan una potencia efectiva de subjetivación igualitaria y conflictiva cuando una injusticia, que a priori no afecta a los demás (un plus no abonado, un impuesto discutible, etc.), se convierte en una “injusticia común”, una injusticia que este foco glotopolítico de traducción transforma, bajo el signo de una igualdad que se presupone radical, desde un asunto privado a una cuestión que arrastra a escena incluso a los demás. En otras palabras, podríamos concluir que no hay subjetivación colectiva bajo el signo de lo común que no haya sido preparada, a la vez, por todo un uso de las palabras y de la lengua, un uso que tiene lugar sobre una multiplicidad de escenas de la política. Este punto podría permitirnos, finalmente, pensar que resulta posible releer o traducir efectivamente la perspectiva de Rancière en los términos de la glotopolítica y desarrollar de este modo una pista de interrogantes y reflexiones teórico-políticas que habría que explorar más allá de los puntos presentados aquí.

Bibliografía

- Bhabha, Homi K. “El mimetismo y el hombre. La ambivalencia del discurso colonial”, *El lugar de la cultura*. 1994. Traducido por César Aira. Buenos Aires, Manantial, 2002, pp. 111-120.
- Castoriadis, Cornelius. «Pouvoir, politique, autonomie». *Revue de Métaphysique et de morale*, nº 93, 1988, pp. 81-104.
- Certeau, Michel de. *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. 1968. Editado por Luce Giard, traducido por Alejandro Pescador. México, Universidad Iberoamericana, 1995.
- Freund, Julien. *La esencia de lo político*. 1965. Editado por Jernónimo Molina Cano, traducido por Sofía Noël. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2018.
- Gauchet, Marcel. *L'avènement de la démocratie*. París, Gallimard, 4 t., 2007-2017.
- Guespin, Louis et Jean-Baptiste Marcellesi. «Pour la glottopolitique», *Langages*, nº 83, 1986, pp. 5-34.
- Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*, Tomo 6. 1975. Editado por Valentino Gerratana, traducido por Ana María Palos. México, Ediciones Era, 1999.
- Irrera, Orazio y Daniele Lorenzini (eds.) Número especial «Prises de parole : les discours subalternes» (contribuciones de P. Sabot, G. Le Blanc, P. Vermeren, K. Genel, O. Irrera y D. Lorenzini). *Raisons politiques*, nº 68, 2017, pp. 5-82.

- Irrera, Orazio y Daniele Lorenzini. «Prises de parole. L'indocilité des discours subalternes». *Raisons politiques*, n° 68, 2017a, pp. 5-8.
- Irrera, Orazio et Daniele Lorenzini. «Briser le silence. La prise de parole entre infrapolitique et parrêsia». *Raisons politiques*, n° 68, 2017b, pp. 65-82.
- Lefort, Claude. *La invención democrática*. 1981. Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.
- Rancière, Jacques. *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero*. 1981. Buenos Aires, Tinta Limón, 2010.
- _____. *Essais sur le politique (XIXè-XXè siècles)*. París, Le Seuil, 1986.
- _____. *Écrire ; à l'épreuve du politique*, París, Calmann-Lévy, 1994.
- _____. *El desacuerdo*. 1995. Traducido por Horacio Pons. Buenos Aires, Nueva Visión, 1996.
- _____. *Les scènes du peuple. Les Révoltes logiques 1975/85*. Lyon, Horlieu, 2003.
- Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*. 1932. Traducido por Rafael de Agapito Serrano. Madrid, Alianza, 2014.